



Docentes formadores de discípulos en el aula

Hace algunos años, alarmado ante las estadísticas que mostraban que más del cincuenta por ciento de los jóvenes adventistas de Norteamérica dejaba la iglesia alrededor de los veinticinco años,* el pastor Don MacLafferty creó el Ministerio *Kids in Discipleship* en la iglesia adventista de Collegedale (Tennessee, EE. UU.). El programa, que ahora se llama Ministerio *In Discipleship*, se dedicaba a capacitar a los padres para que transformaran a sus hijos en discípulos. En 2003, el pastor MacLafferty y Murray Cooper, el director de la escuela adventista local, se reunieron para analizar cuál sería el siguiente paso de una iniciativa sobre el discipulado que habían lanzado el año anterior. Vieron oportuno capacitar a los maestros para que llegaran a transformar a los niños bajo su cuidado en discípulos de Cristo.

En una entrevista Cooper dijo: “A veces es fácil caer en la trampa de

pensar que solo porque somos una escuela adventista donde todos los días hacemos el culto, el desarrollo espiritual de los jóvenes está encaminado. Pero sabemos otra cosa: los maestros y administradores necesitan tener su relación personal con Dios en primer lugar, para así establecer los fundamentos de una institución educativa que posea vida espiritual. Sobre esa base, no hay límite para lo que puede suceder a la hora de crear relaciones espirituales, si el maestro trabaja en forma deliberada para desarrollar una estrategia pedagógica similar a la que utiliza al preparar sus clases de matemática o de lengua”.

Por diez años, la escuela ha sido muy activa priorizando el discipulado. Hace dos años entre todos los docentes escogieron una característica central a la que denominaron “Tiempo a solas con Dios” (TSD). Teresa Littell se preguntaba cómo podría enseñar a los niñitos del nivel preescolar a participar de TSD cuando

la mayoría de ellos ni siquiera sabía leer. “Pero el Espíritu Santo me mostró qué hacer”, dijo. Una amiga le había dado una pequeña carpa en forma de tiburón que Littell usó para representar al “gran pez” y, usando la historia de Jonás, les enseñó el concepto de la oración privada. Les recordó que Jonás estuvo tres días dentro del gran pez, a solas con Dios. Los niños analizaron qué sería lo que Jonás le dijo a Dios durante esos momentos privados de oración.

La maestra pidió que pensarán en un lugar especial de su hogar en el que pudieran pasar tiempo a solas con Dios. Cada uno tenía una hoja que decía: “Mi lugar preferido para pasar tiempo a solas con Dios es _____”. Cada uno le dijo el nombre del lugar; luego ellos mismos lo dibujaron. La maestra unió esas hojas y las hizo circular entre las familias de los niños; envió también una carta en la que explicó el objetivo de pasar tiempo a solas con Dios y

KATHY GODDARD

animó a los padres para que crearan ellos también su propio TSD como modelo para sus hijos.

El “gran pez” ha llegado a ser el lugar de TSD dentro del aula. Los niños pueden ingresar individualmente a lo largo de la jornada. La maestra les ha enseñado que pueden usar el “gran pez” cuando tienen un problema y también cuando se sienten felices y quieren compartir esa alegría con Jesús. Dentro del “gran pez” colocó libritos ilustrados de historias de la Biblia junto con una lámina de un niño en actitud de oración; de esta manera los niños recuerdan el propósito principal de estar allí. Es así que han aprendido que cuando pasan tiempo a solas con Dios, se concentran en su Palabra y llegan a valorar la posibilidad de conversar con él de la misma manera en que se dirigen a sus amigos.

Littell nunca envía a un niño al “gran pez”. Sin embargo, cuando alguno se le acerca y le cuenta que está enojado, molesto o se siente culpable por algo que hizo, le dice: “¿Quieres pasar un tiempo a solas con Dios?” Es bastante frecuente que un niño ingrese al “gran pez” con evidentes signos de tensión emocional, pero salga más tranquilo. “Siempre me emociona mucho –reflexiona– cuando paso junto al “gran pez” y veo un niño de rodillas, con la cabeza inclinada y moviendo los labios”. Esta estrategia ha orientado a los niños a ponerse en contacto con Dios de manera significativa.

En cierta ocasión iban a conmemorar el “Día de los abuelos” con muchas visitas y el espacio sería estrecho. La maestra se preguntó si era mejor desarmar el “gran pez” para que hubiera más espacio, pero decidió no hacerlo ya que para sus alumnos era demasiado importante como para quitarlo del lugar, ni aun por una jornada.

Con los alumnos adolescentes

Aunque enseñar a los niños pequeños a tener una relación significativa con Dios no parece sencillo, puede resultar un desafío mayor guiar a

los adolescentes. Cindy Ladi, la maestra del séptimo grado decidió responder a ese desafío. También quiso poner énfasis en el discipulado a través de la oración. En sus clases de Biblia, incorporó la experiencia de la oración intercesora. Enseñó a sus alumnos que los cristianos necesitan tener amigos en quien confiar para compartir ideas y preocupaciones; llegó así a la oración intercesora. Los alumnos escogieron libremente un compañero para compartir una necesidad, y entonces, juntos oraban el uno por el otro.

Otro método fue el uso de diarios personales, que solo ella podía leer. Invitó a los alumnos a escribir maneras específicas en las que podían ser una bendición para cada uno de los miembros de un grupo específico de compañeros, ya sea en pensamientos o acciones. Así oraban por cada uno de los miembros del grupo. Si la maestra percibía que alguno no parecía dispuesto o se mostraba reacio a participar le sugería que tratase de escribir algo muy simple y de ponerse en contacto con Dios.

De ahí en más, semanalmente parte de la clase dedicaba tiempo a TSD, de maneras muy creativas. “Cuando se dan cuenta que pueden ser creativos al relacionarse con Dios, se expresan más flexiblemente al hablar con él y veo que aguardan con ansias esos momentos”, dice Ladi.

Esta actividad que comenzó en la escuela se extiende también a sus hogares como una iniciativa personal. “Me produce mucho entusiasmo – dice la maestra– ver cómo los estudiantes descubren que comunicarse con Dios no es aburrido, y notar cómo están ansiosos de pasar tiempo con el Señor”.

Una actividad que disfrutaban de manera especial es cuando se dirigen a la Sala de Oración. En 2011, los alumnos de séptimo grado crearon una Sala de Oración para ser utilizada por todo el cuerpo estudiantil de la escuela; la maestra explicó la atmósfera que debía mantenerse allí y los procedimientos que debían seguir. A lo largo del año se variaron

un poco las actividades para que no se tratase de una rutina, sino de una experiencia relevante. Por ejemplo: “Satanás vs. Jesús”. Los alumnos escogían de una lista de adjetivos cuáles describían ya sea a Satanás o a Jesús. Después de reflexionar en los adjetivos aplicables a Jesús, escribían uno o más en carteles que colocaban en la pared donde decía “Jesús es...”. Luego explicaban de qué manera podían parecerse más al Maestro.

Otra actividad llamada “Hijos de Dios” consistía en invitar a los alumnos para que escribieran sus nombres en el pizarrón si es que se consideraban hijos de Dios. Entonces dibujaban el trazo de sus manos en una hoja de papel y describían de qué manera podían mostrarles a los demás que ellos se sentían hijos de Dios. Después de colocar su nombre en el dibujo de las manos elegían un lugar visible del aula para colocar la hoja como una afirmación ante todos, de sentirse hijos de Dios.

“Llévame a la cruz” es una actividad que les gusta mucho. Los alumnos escriben sus pedidos de oración en un papel, incluyendo o no su nombre. Los papeles son clavados con tachuelas en una cruz de madera, sabiendo que los que van a la Sala de Oración leerán sus pedidos y orarán por ellos. Los pedidos más íntimos y emocionales a menudo son clavados en la parte posterior de la cruz. Uno de los niños expresó: “Me emociona orar por mis compañeros”. Aun cuando hay quienes dudan en participar, la maestra informa que inclusive los más reacios se involucran en la mayoría de las actividades.

Un alumno que no quería ir a la Sala de Oración, finalmente decidió visitarla una vez. Después de la experiencia dijo: “Fue algo fantástico”. Entonces convenció a un amigo para que fuera también a visitarla. “La diferencia que he visto a lo largo de los años es la disposición de participar en actividades de énfasis espiritual dado que se está convirtiendo en algo normal”, dice Ladi.

Durante el primer semestre de 2012, la clase de séptimo grado

condujo una Semana de Énfasis Espiritual para tercero, cuarto y quinto grados. “Esto ayuda a que mis estudiantes desarrollen habilidades de liderazgo cristiano”, dice Ladi. Si un alumno se siente incómodo en una función de liderazgo, la maestra lo vincula con otro, para crear un equipo. Otra iniciativa es lanzar el desafío para que sean misioneros en sus hogares, encargándose de organizar el culto familiar. Ladi sabe que para algunos, este es el único culto que se hace en su hogar.

Capellanes voluntarios

Tom Fogg, el director de la escuela dice: “Uno de los beneficios del programa de discipulado se refleja en el fortalecimiento de las relaciones familiares; los niños trasladan el discipulado al hogar. Pero también se produce un mayor vínculo entre el hogar, la escuela y la iglesia, que trabajan unidos en pro de los niños”. Para ello decidieron integrar a los padres, pastores y otros miembros de iglesia, como capellanes en las aulas. Los que se ofrecieron como voluntarios para ser capellanes se comprometieron a organizar una reunión de adoración semanal, y muchas veces acudían a los recreos y colaboraban en actividades comunitarias y misioneras de la clase. Los estudiantes actualmente ven al capellán como un mentor espiritual con quien pueden compartir asuntos personales.

Carla McKenzie se ofreció como capellana en la clase de cada uno de sus cuatro hijos. Dedicó un año escolar a segundo, tercero, quinto y séptimo grados y su testimonio fue: “Llegué pensando que tenía un bagaje espiritual importante para ofrecer a los niños; que les daría un fundamento para sus cultos privados y que sería su mentora espiritual. Después de un tiempo, me di cuenta que los niños me estaban enseñando a mí. Fue increíble el nivel de apertura y la manera en que me mostraron quién es Cristo para ellos”. Es muy común que los niños vayan a sus hogares y animen a sus padres para que planifiquen un tiempo privado para dedicar-

lo a Dios y para el culto familiar.

En 2009, el Departamento de Educación de la Unión del Sur y la Asociación de Georgia-Cumberland invitaron a MacLafferty para entrenar al personal de otras escuelas. Su comentario fue: “El programa ‘Escuelas en discipulado’ es una manera simple y práctica de llevar tanto a maestros como a alumnos hacia una espiritualidad basada en la Biblia, y a una vida de discipulado”.

La capacitación ofrecida tuvo tres objetivos: (1) invitar y adiestrar a los integrantes de cada equipo escolar para profundizar su relación personal con Dios; (2) incorporar métodos prácticos para incluir deliberadamente el discipulado en las actividades áulicas; y (3) unir al equipo para que trabaje como representante del hogar, la escuela y la iglesia en la tarea de hacer de cada niño un discípulo de Jesucristo.

El discipulado en la clase de Biblia

Gerard Carter, maestro de séptimo grado en la escuela adventista de Duluth (Georgia) asistió a un centro de capacitación de “Escuelas en discipulado” juntamente con el pastor, el director, un padre y otro maestro. Él había comenzado su carrera docente ya en la mitad de su vida, después de haber trabajado en otra área. Cuando comenzó a enseñar, Dios le dio un sueño en el que se veía de pie en el cielo ante el trono de Dios, quien le decía: “Mira hacia atrás”. Al hacerlo, veía gente que estaba en una fila que se dirigía hacia el infierno. Podía reconocer a varias personas y a algunos de sus alumnos. Esta experiencia lo motivó para llevar a sus alumnos a una relación estrecha con el Salvador. La asistencia a ese entrenamiento le amplió el espectro de métodos prácticos para lograr su objetivo.

En sus clases de Biblia Carter sigue tres pasos. En primer lugar, selecciona una lección de Biblia a la que le incorpora un objetivo relacionado con el discipulado. En segundo lugar, identifica un relato de su propia experiencia de fe que ilustra ese objetivo y en último término, iden-

tifica una elección específica que se desprende naturalmente de la lección bíblica y del objetivo de discipulado.

Un ejemplo es el capítulo “Una fe probada por el fuego”, (libro de Biblia para séptimo grado) donde se estudia la historia de los tres hebreos en la corte de Nabucodonosor. Carter añadió a esa lección un objetivo de discipulado: la determinación de ponerse de parte de Cristo. Aprovechó entonces a compartir su experiencia de cuando se hizo adventista y tuvo problemas con el trabajo en sábado. Un mes después de haber decidido respetar el cuarto mandamiento, en lugar de ser despedido lo ascendieron y le concedieron los sábados libres.



Carter invitó a sus estudiantes a que compartieran historias de personas conocidas que habían tomado la decisión de ponerse de parte de Dios, y entonces los animó para que ellos también tomaran la misma decisión personal.

Hace poco, los alumnos de Carter dirigieron un culto para toda la escuela. En el grupo se encontraba una niña coreana que había llegado hacía poco y que era atea. Al maestro le agradó ver que decidió colaborar en esa actividad. A lo largo del año Carter ha visto el avance espiritual de su alumna que se siente atraída hacia Jesús. “Una cosa es expresar mentalmente que uno entiende de qué se trata el discipulado. Pero otra cosa es buscar la manera de hacer discípulos.

Uno tiene que ser un discípulo antes de poder hacer que otros lo sean”, explica Carter.

Capacitación sobre el discipulado para futuros maestros

En 2009 la Escuela de Educación y Psicología de la Southern Adventist University (Tennessee, EE. UU.) comenzó a trazar estrategias para equipar a los futuros docentes con la filosofía, habilidades y métodos del discipulado; lo llamaron: “Discipulado para aspirantes a maestros”. El doctor F. Fuentes dice: “Todos los maestros poseen una función de servicio para hacer discípulos. La tarea de aprender a ser un docente no tiene que ver tan solo con el contenido, sino que también se relaciona con la importancia de estar conectados con Dios y con los demás. El ministerio en discipulado me ayudó a visualizar de una forma muy tangible un formato en el que puedo ayudarme a mí mismo y a mis estudiantes para que lleguen a ser mejores discípulos, que tengan una relación más profunda con Dios y que aprendan cómo hacer lo mismo con sus propios alumnos una vez que lleguen a ser maestros”.

La universidad ha implementado un programa de discipulado en tres etapas para todos los alumnos que se preparan para ser docentes. La primera etapa se concentra en cómo desarrollar y profundizar el camino personal de cada uno, y ha sido incorporada a las clases de Introducción a la Educación. Esto incluye un retiro espiritual de un día, en el que los estudiantes se concentran en métodos de estudio personal de la Biblia y en la oración. En la segunda etapa se describen métodos que pueden usar para hacer discípulos; por ejemplo cómo guiar a otros a aceptar a Cristo como su Salvador personal, a tener la seguridad de la salvación y a confiar en Jesús ante los desafíos de la vida. En la tercera etapa se les transmite de qué manera pueden ser defensores del discipulado en el hogar, la escuela, la iglesia y la comunidad.

La profesora F. Laughlin dice:

“Por demasiado tiempo hemos tenido generaciones de adventistas que crecieron como adventistas, pero sin llegar a ser verdaderos discípulos de Jesucristo. Esa es la diferencia entre aprender una determinada cosa y realmente experimentarla. Es como aprender inglés en un aula, rodeados de personas que hablan español, pero no aprender a usar la lengua porque no estamos poniéndola en práctica. Necesitamos enseñar a nuestros alumnos sobre el discipulado —qué es y por qué es importante— para entonces darles las herramientas que necesitan para incorporar este concepto y utilizarlo en la vida diaria”.

Fuentes y Laughlin se han asociado para incorporar el discipulado al plan de estudios de la carrera de Educación. “Si nuestros maestros quieren ejercer un impacto en su futuro ministerio, necesitan renovarse e ir constantemente a la fuente, que es Jesucristo —dijo Fuentes—. Queremos que nuestro programa de educación docente les señale el camino para llegar allí, y para reconocer que no pueden ejercer un impacto por sus propios esfuerzos”.

“Tanto Fuentes como yo —dijo Laughlin— hemos enseñado en escuelas públicas y adventistas. Les damos a nuestros estudiantes consejos específicos sobre cómo pueden llegar a ser discípulos y hacedores de discípulos aun si les toca enseñar en escuelas públicas. Necesitamos misioneros en las escuelas públicas tanto como los necesitamos en las misiones del extranjero. A los estudiantes les hacemos saber que se verán un tanto limitados, pero que no es imposible lograrlo”.



Kathy Goddard, M.A. es profesora asistente de inglés en la Southern Adventist University en Collegedale (Tennessee, EE. UU.). En sus veinticinco años de

experiencia en la educación adventista ha enseñado en cada nivel,

desde la escuela primaria hasta la enseñanza superior, y ha colaborado como coordinadora de un número especial del *Journal of Adventist Education sobre la integración de fe y enseñanza-aprendizaje*, y como autora y editora principal de *God Is the Victor (1998) [Dios es el vencedor]*, un libro de texto de Biblia de la División Norteamericana para séptimo grado. Entre 2007 y 2010, fue Directora de Capacitación y Diseño Curricular del Ministerio en discipulado en Collegedale.

REFERENCIAS

* Roger L. Dudley, *Why Our Teenagers Leave the Church: Personal Stories From a 10-Year Study* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald Publ. Assn., 2000), p. 34.